

# EL AMIGO DEL OBRERO

Órgano de los Círculos Católicos de Obreros

## PRECIOS DE SUSCRICION

En la Capital (por mes) . . . . . \$ 0.20

En campaña (semeestres adelantados) . . . . . 1.20

Las personas que tomen 10 suscripciones, recibirán 2 números de regalo, y así sucesivamente en la misma proporción.

## REDACTORES

TOMAS G. CAMACHO Y LUIS PEDRO LENGUAS

APARECE LOS DOMINGOS

## ADMINISTRACION

CALLE URUGUAY NÚM. 180

## PUNTOS DE SUSCRICION

Círculo Católico de Obreros, calle Minas 240; Despacho Parroquial de la Aguada y Confliteria de la Catedral, Ituzalngó 173.

Rogamos a nuestros suscriptores se sirvan dirigir las quejas a dichos puntos.

No se pague ningún recibo que no lleve el sello de la Administración.

ADMINISTRACION  
Calle Uruguay 180—Montevideo  
—(4318)—  
HORAS DE OFICINA  
9 A 11 1/2 a. m. — 1 1/2 A 4 p. m.

## El Amigo del Obrero

MONTEVIDEO, 17 DE MARZO DE 1901

## Obreros criollos

La campaña He aquí un nombre que se pronuncia muchas veces con desprecio y que no obstante es acreedor a todo nuestro respeto y consideración.

La campaña es el gran factor de nuestra riqueza nacional: sin su concurso y producción nada hacemos en la capital y el comercio languidece o prospera, según sea el estado de abastecimiento o de adelanto, en que se encuentran los obreros de nuestras cuchillas pintorescas.

Para nobles hijos del trabajo, de tez curtida y de mano callosa que calzan botas o arrastran el tamango informe por los surcos interminables de las tierras de labranza, ocupan en la atención de nuestros hombres públicos el último rincón de los recuerdos importunos. Y no obstante esa masa viviente de hombres, que se sacrifican de continuo por nuestras comodidades, constituyen el eje de esa gran máquina que se llama sociedad.

Sin representación alguna social han sido generalmente la víctima inocente de una explotación infame, que ha devorado sus trabajos y sudores.

Sin voz y sin palabra se han escuchado sus lamentos y sus quejas, como el lloro de un niño que se distrae con cualquier bagatela y se hace dormir con un arrullo aunque sea en una cuna de andrajos o de pajas.

Hoy mismo que la miseria de tres ó cuatro años de cosechas mezquinas han agravado las consecuencias ruinosas de una guerra civil, la campaña no cuenta quizá con un camino solo, para dar salida a sus productos de riqueza ya mermados.

Seríamos interminables si quisiéramos formular quejas concretas muy justificadas, que hemos oído desprenderse amargamente de labios de esa raza vigorosa de nuestras cuchillas.

Que es el primero en la guerra  
Pa ser último después.

Es un pensamiento sencillo, que sintetiza la historia heroica de nuestros paisanos.

Y no obstante sobre ellos caen los impuestos abrumadores, las vejaciones insultantes, las arbitrariedades más violentas, tributos de sangre, tributos de haciendas, tributos de dinero que claman venganza al cielo y exasperan los instintos más pacíficos de sus hábitos de trabajo y de honradez.

¿Qué remedio puede aplicar la terapéutica social a esa llaga que amenaza convertirse ya en gangrena?

¿Qué recursos tienen los pobres paisanos para hacer peso en la opinión y dar a sus justas reclamaciones vibraciones intensas que penetren aun por fuerza en los oídos que se cierran obstinadamente para no escuchar?

Nosotros creemos que nada práctico se ha hecho en ese sentido: han sido gritos aislados, voces solitarias que se han perdido como el canto del zorzal en la espesura del monte.

Falta cohesión, falta representación social para entrar en el concierto general de los intereses vitales del país.

Y la agricultura y la ganadería tienen que tener el lugar preferente que absorbe la política si queremos encarrilar a nuestra patria por el camino de sus destinos gloriosos.

Cómo se conseguirá? No es trabajo de un día, es la consecuencia de una labor lenta y paciente.

Los Círculos Católicos de Obreros difundidos por nuestra campaña sería el gran recurso social que daría cohesión solidaria a esas quejas que brotan aisladamente como gritos nocturnos, vergonzantes.

Los Círculos Católicos de Obreros con sus ventajas materiales y morales y su personería jurídica formarían esa representación nacional que pesaría como una potencia organizada ante los poderes públicos del Estado.

Se ha hecho mucho individualmente, pero la experiencia nos enseña que tanto en esta como en otras manifestaciones de la vida los esfuerzos particulares quedan ahogados y se desprecian como un derrame del rocío en el engrudo de la máquina social.

Agrupémonos en sociedad y entonces nuestra palabra tendrá eco poderoso y nuestra voz será la voz de muchedumbres unidas en un propósito firme, constante, ineludible.

Que nuestra hermosa institución cobije bajo su bandera gloriosa a los hombres de nuestra campaña inmensa y entonces se verán cumplidos nuestros deseos más vehementes de católicos y de patriotas.

## Alejandro aterrando la calumnia

Con este nombre se conoce en el mundo artístico un cuadro del célebre Apeles, el pintor más famoso de Grecia, protegido siempre por Alejandro Magno, particularmente cuando el eximio artista estuvo a punto de ser víctima de una falsa acusación.

Con tal motivo concebí en Efeso y trasladé a la tela una ingeniosísima alegoría de la calumnia. A la derecha del cuadro colocó a la credulidad, con largas orejas, tendiendo las manos a la calumnia que se van acercando; la ignorancia, en figura de una mujer coja y ciega, está al lado de la credulidad, como así mismo la sospecha, representada por una persona agitada por secreta inquietud y que tícidamente se aplaude de algún descubrimiento; la calumnia, en forma de mujer hermosa, pero de un mirar terrible y amenazador, ocupa el fondo del cuadro; agita en su mano izquierda una antorcha encendida y con la derecha arrastra de los cabellos a la inocencia, en forma de una niña, que levanta sus manecitas al cielo, como para tomarlo por testigo.

Delante de la calumnia, marcha en son de triunfo la embullia, con ojos penetrantes, y detrás se ven la asechanza y la adulación.

A lo lejos se descubre la verdad, que sigue con lento paso las malas artes y mañosas tretas de la calumnia, y conduce al arrepentimiento en traje lúgubre, con los ojos bañados en lágrimas y el semblante cubierto de vergüenza.

De mano maestra está trazado el cuadro, lector mío, y es la mismísima realidad. A ser yo autoridad mandaba colocar un ejemplar en cada boca-calle y sobre todo en las redacciones de diarios y periódicos, etc.

—Y por qué en las últimas?

—Porque las redacciones, generalmente hablando, hoy día en que el interés del lucro es el gran móvil de lo que se escribe para el público, son como la oficina de elaboración de las más burdas y afrentosas invenciones, que a manera de cieno villísimo, arroja la evidencia en grandes columnas, como quien dice a manos llenas, a las frentes que no se inclinan ante las ridículas exigencias ó injustas exacciones de las preocupaciones y caprichos de los que valen ó de los que pueden.

Muchos Alejandro y muchos Apeles se necesitarían hoy, y no bastarían aun, para defender la inocencia y atterrar la impudencia cínica y la calumnia traidora y soez.

Sus artes infames triunfan en todas partes y extienden y consolidan su imperio, gracias a triste es decirlo,—a la alianza y poderoso auxilio que les presta la prensa en sus diversas formas, aun la que se precia de culta y a la altura de los últimos adelantos.

Se echa a volar la especie maligna y en seguida se acoge, y no a beneficio de inventario, sino como un hecho consumado; se acrimina a la supuesta víctima; se acumulan detalles y sombras; se incita contra ella la indignación pública; se pide venganza, reparación, todo el vigor de la ley, y esto en nombre de la cultura, y de la justicia, y del derecho, y de la moral, etc.

La luz se hace, la verdad se abra paso, brilla la inocencia con luz meridiana. . . ¡Silencio! No tiene, la misma prenea que propagó la vil calumnia, ni una palabra de reproche para el calumniador infame ni una palabra de aliento y reparación para la inocente víctima. ¿Y no es esto ser cómplice en tan bajo crimen?

¿Qué cohardía, mejor, que infamia, qué vileza! Según las últimas pinceladas del pintor griego, en su tiempo la vil calumnia llegaba a arrepentirse y a avergonzarse; hoy hemos progresado, pues si se arrepiente, ni se avergonza.

## Círculos Católicos de Obreros

### Central

Socios nuevos.—Propuestas y aceptaciones en la sesión del 18 del corriente:

Pablo Demata, por Pedro Cuneo y Juan L. Cuneo.

Manuel Castro, por Juan L. Cuneo y Ilario Santi.

Emilio Cánepa, por Juan Cánepa Franco y Antonio Mariani.

Juan Cánepa, por Juan Cánepa y José Galli.

Juan Pone, por José Fazio y Ramón Camacho Vidal.

Antonio Aita, por José Notaroberti y Pedro M. Caruso.

Alberto M. Olando, por Natalio Quagliotti y Pbro German Vidal.

Antonio D. Larrañaga, por Juan V. Rodino y Juan R. Mosch.

Celia González, por Luis P. Lengua y Ramón Camacho Vidal.

Rosa M. de Casanuello, por Luis P. Lengua y Ramón Camacho Vidal.

Misa.—El jueves 21 del corriente en la Iglesia de la Aguada a las 7 1/2 de la mañana, se celebrará una misa por la alma extinta de don José J. de Lafont. Quedan invitados los socios.

Llamado a propuestas.—Se llama a propuestas para ejecutar un trabajo de pintura en el local social, según el pliego de condiciones, que los interesados podrán ver en la Secretaría del Círculo, calle Minas 860, en los días y horas hábiles.

## QUISICOSAS

Hemos recibido una carta de nuestro gran amigo Matraca, que dice así:

"Amigo Mudo: He visto en el último número de El Amigo del Obrero que se ocupa usted de eso que llaman 'La Antorcha' y que por lo que ilumina debiera, por cierto, llamarse la lámpara de Aladino, ó el farol de las Botacas, gentes que como usted sabe, a fuerza de tanto ver se quedaron ciegos de nacimiento y espavilados al extremo."

"Vaya, amigo Mudo, no sea usted tan condescendiente. Hay un refrán que aconseja no meterse con criaturas: pues, no se ponga usted con esas criaturas en el pensar y en el escribir."

"Fijese usted y verá que en 'La Antorcha' no se escribe, se accoca de Dios abajo a todo lo que se pone por delante."

Vamos, que es cosa de traviesos gárzulos que les ha dado la perrera, y que ponerse a razones con esas entidades en miniatura, es como pretender hacer callar a un animalito de aquellos que esperan su San Martín, a fuerza de garrotazos."

"Allá, cuando el juicio y la experiencia los haga más circunspectos y respetuosos, ellos mismos se reirán de las majaderías de su juventud, y por ahora ya la opinión ha relegado sus estupidas producciones a la categoría de papeles de servicio para envoltorios, etc."

"Órdenes pues, amigo Mudo, eso que llaman 'La Antorcha', no es tal antorcha, sino la carabina de Ambrosio."

"Así que, tápese usted los oídos y deje que chillen y que se desgajiten, que alguna vez se cansarán."

Lo saluda su afmo. y S. S.

MATRACA."

Agradecemos intilmente la muy afuada observación que desde campaña nos dirige el señor Matraca.

No fué nuestro propósito, al ocuparnos del maladito periodicocho, sostener polémicas con él, a fuerza de atinadas razones; no; sino reírnos de los disparates garrafas de que se halla repleto, de tal manera que, ni el diablo tiene por donde desecharlo.

Estamos convencidos, amigo Matraca, de que para ellos, las razones y sólidos argumentos sirven tanto, cuanto las coplas de Calina para curar sabandinas.

En cuanto al periodicocho en cuestión, me parece que por razón de higiene la Municipalidad podría tomarlo en cuenta, y por el veneno de calumnias de que va lleno, servirían sus hojas para bolillas de matar perros.

Así que, el amigo señor Matraca, quedará complacido.

El Mudo.

## El señor Mac-Cabe

Hacemos nuestro el siguiente suelto publicado por nuestro colega "El Bien" en su número del viernes, con motivo de la presentación a nuestras autoridades del Obispo protestante Mac-Cabe:

"Acompañado del señor Ministro de los Estados Unidos de Norte América señor M. W. Finch, estuvo ayer en el Ministerio de Relaciones Exteriores el señor obispo protestante Mac-Cabe en compañía de su esposa y de su ahorita hija."

El diplomático americano presentó al doctor Herrero y Espinosa al viajero y luego pasaron todos al despacho presidencial a saludar a S. E. al que el señor Mac-Cabe presentó una carta autógrafa del señor Presidente de los Estados Unidos del Norte.

El señor Cuestas agradeció la atención y conversó breves momentos con los visitantes. Llama la atención indudablemente ese carácter semi-oficial, con que se presenta a la cancillería uruguaya y al Presidente de la República, un alto dignatario de una religión contraria a la del Estado.

El representante diplomático de Estados Unidos presentando personalmente al dignatario eclesiástico protestante portador de una carta autógrafa del Presidente de la gran República del Norte, ofrece un caso curioso indudablemente en las relaciones de los estados soberanos: el uno católico, el otro protestante.

No parece racional suponer que el ministro de la religión disidente, tenga el propósito de entrar, en la forma en que lo ha hecho, a combatir la religión de la nación en que se presenta acompañado del representante diplomático de su país, ni a difundir su religión en el seno de nuestra sociedad,—como introdujeron los griegos el caballo de Troya.

La seriedad y corrección del gobierno de los Estados Unidos hace que rechacemos esa extravagante suposición, y no podemos censurar, por consiguiente, las atenciones de que ha sido objeto por parte de nuestro gobierno, el caballero Mac-Cabe particularmente.

Pero aun considerada la visita del dignatario protestante a nuestras autoridades, como un acto de simple corteja personal, que puede ser aceptada, es indudable que la llegada de ese funcionario viene a reforzar la propaganda protestante en nuestro país, y, con

ella, a vigorizar la conquista moral del espíritu inglés sobre la América española, conquista que no podemos menos de mirar con patriótico recelo.

Días pasados un pastor protestante injuriaba desde su púlpito a un digno sacerdote de la religión de nuestro país.

¿Qué se hubiera dicho si un sacerdote nacional hubiera faltado al respeto desde el púlpito católico a un pastor protestante, con motivo de un negocio particular de éste?

Bueno será que meditemos mucho este asunto, que se vincula con muy altos intereses del país, desprendiéndose al efecto de toda preocupación que pueda ofuscar nuestro recto criterio nacional."

## La próxima asamblea del Círculo Central

El lunes 25, día de la festividad de la "Anunciación de Nuestra Señora", tendrá lugar a las 2 1/2 de la tarde en el Círculo Central, una solemne asamblea, que se verá a no dudarlo, extraordinariamente concurrida.

En ella se tratarán asuntos sumamente interesantes para el progreso de nuestro Círculo, y se procederá a la solemne instalación de las Comisiones Parroquiales de propaganda recientemente nombradas, y de las que nos hemos ocupado ya en uno de nuestros últimos números.

En la acción eficaz de estas Comisiones se cifran grandes esperanzas, y garante la realización de éstas, la composición del personal que las forman, bien seleccionado de entre los socios más entusiastas por el adelanto de la obra.

Varios de nuestros oradores harán uso de la palabra en dicho acto, y el Directorio pondrá en conocimiento del público, los principales adelantos realizados en el corto lapso de dos meses, apenas transcurridos, desde que empezó a regir los destinos del Círculo.

Recomendamos a todos los socios la asistencia puntual a tan importante acto, haciéndoles presente, que pueden concurrir acompañados de sus amigos y relaciones.

## ACUARELA

Es la mañana: nardos y rosas  
Mueve la brisa primavera,  
Y en los jardines las mariposas  
Vuelan y pasan, vienen y van.

Una niña madrugadora  
Va a juntar flores para mamá,  
Y es tan hermosa, que hasta la aurora  
Vierte sobre ella más claridad."

Tras cada mata de clavellina,  
De pensamientos y de arroyán  
Gira su traje de muselina,  
Su sombrero, su delantal.

Llena sus manos de lindas flores,  
Y cuando en ellas no caben más,  
Con su tesoro de mil colores  
Vuelve a los brazos de su mamá.

Mientras se aleja, como dos rosas,  
Sus dos mejillas se van brillar,  
Y la peregrina las mariposas  
Que en los jardines vienen y van.

Rafael Obligado.

## LA MARINERA

(LEYENDA HISTORICA)

Corría el año de gracia de 1541.

En una nave, que do América se dirigía a las costas de nuestra península, venía entre otros pasajeros el ilustre don fray Tomás de Berlanga, Obispo que era del Panamá, a cuya alta dignidad lo había encumbrado el emperador Carlos V, por su mucha piedad y grandes virtudes.

En aquellos remotos países había consumido lo mejor de su vida el Santo Obispo, convirtiéndose a sus habitantes a la religión del Crucificado.

Quebrantada su salud con sus continuos trabajos y desvelos, y deseoso de una vida tranquila, venía a España a hacer renuncia de su obispado y a encerrarse en algún convento de los muchos que en nuestra nación tiene la Orden de Predicadores, a la que pertenecía el piadoso Berlanga.

Sus rentas y riquezas las había empleado en socorrer a los pobres de su diócesis. Traía, sin embargo, a la península, un capital suficiente para la fundación de otro convento más de Dominicos.

Ningún contratiempo sufrió la embarcación donde iba el Obispo de Panamá en los primeros días de navegación; pero a los veinte días sobrevino una tan furiosa tormenta, que amenazaba a todos los tripulantes grandes y horribles peligros.

Cubierto el firmamento de grandes y negras nubes, y rugiendo alborotadas las olas, comprendieron todos que se hallaban sus vidas

demasiado expuestas, para no implorar la misericordia de los cielos.

Útiles eran los esfuerzos de los marineros para procurar salvar la nave.

La tempestad con todos sus horrores dominó el mar, y no pudiendo resistir los marineros el furor de los elementos, sin esperanzas de salvación, entre lágrimas, amarguras y desconsoladas voces, se prepararon a perecer en los abismos del Océano.

Muchos de los pasajeros eran mercaderes españoles que habían ido a hacer fortuna al nuevo mundo; y al considerar que cuando podían disfrutar en su patria del fruto de sus trabajos, iban a desaparecer entre las olas con las inmensas riquezas que traían, unos desesperados é impíos, profiriendo tristes quejas y duras reprimendas al que dirija los destinos de los hombres; otros suplicándole con fervor los auxilios, que en vano procuraba el ilustre Prelado animarlos y consolarlos con sus cariñosas palabras.

—Rogad—les decía—A la augusta Reina de los ángeles, A la hermosa Estrella de los mares; que ella, si con fe invocamos su poderoso auxilio, nos librará del naufragio.

Las palabras del venerable ministro del Señor consiguieron que la esperanza volviera otra vez a los corazones.

Entonces, hincaron sus rodillas en tierra, los navegantes comenzaron a orar fervorosamente, y en sus plegarias ponían por intercesora a la Virgen María, invocándola con los nombres más dulces y gratos.

El viento continuaba silbando con aterrador estrépito y hacía crujir con frecuencia los altos mástiles de la nave.

Las agitadas olas, jugando en tanto con ella, la hacían dar diversos giros y vaivenes, siempre constando a los viajeros que en cada uno de sus movimientos creían encontrar la muerte.

Animoso, sin embargo, el Obispo de Panamá, se reviste de todos sus ornamentos pontificales y, apareciendo de nuevo entre la tripulación, se postro humilde en tierra y eleva sus ojos al cielo exclamando:

—Poderosa Señora de cielos y tierra, Estrella salvadora de los mares: tened compasión de nosotros; oid nuestros ruegos ó interceded con vuestro amado Hijo, para que aplaquen su furia los elementos."

La piadosa invocación del ilustre Prelado fué interrumpida de pronto por los gritos y voces de los navegantes, que, observando se levantaba una grande é inmensa ola con un enorme bulto, se consideraban ya perdidos.

La ola crece y aumenta de volumen con pasmosa rapidez.

El bulto que sobre ella se distingue, cada vez se aproxima más a la nave.

Algunos se figuran que es un monstruoso cetáceo, otros dicen ser los restos de destrozadas embarcaciones, y otros, en fin, viendo en él un inminente y terrible peligro se disponen a morir entre desgarradores ayes y horribles gritos.

—¡Salvados, Virgen María, salvados!—prorumpen todos animados por el piadoso Prelado.

—¡Salvados, Señora, salvados!—repite también éste—uniendo su rúbrica a la de los desgraciados pasajeros!

Jamás desoyó la misericordiosa Madre de los cristianos, la voz de sus siervos humildes y devotos.

La ola que parecía iba a estrellarse contra el costado de la nave, se resuelve milagrosamente, y arroja sobre cubierta el bulto, que no era más que una grande y pesada arca.

Al mismo tiempo, serenándose el firmamento y volviendo la calma a los mares, renacen también las perdidas esperanzas de los angustiados navegantes.

Llenos de curiosidad, por saber lo que contiene aquella misteriosa caja, todos quieren abrirla; pero deteniéndose el Obispo y el capitán, ambos dicen que a ellos solos les pertenece lo que en ella se encuentre.

—Permitidme capitán—dice el Obispo—que me haga cargo yo de todo esto, que debe ser algún rico presente que los cielos benignos nos remiten.

—Perdonad—contesta el jefe de la tripulación—que me oponga a vuestros deseos: yo solo mando en esta embarcación, y todo lo que a ella venga, como esta arca, me pertenece.

Largo rato disputaron el capitán y el prelado sobre a quien de ellos pertenecía la caja; pero conviniendo en que si era alguna cosa sagrada, sería del obispo, y si algún tesoro, del capitán; se procedió a abrirla con gran contento de todos, que se hallaban impacientes por conocer lo que allí se encerraba.

No hicieron más que desvelar las primeras tablas, cuando, saliendo grandes resplandores, quedaron todos deslumbrados con aquel tan inesperado golpe de luz.

Por fin se abrió por completo, y apareció envuelto un objeto entre antilismos cendales.

Desenvolvió el prelado, y con gran júbilo de su corazón descubrió una preciosa imagen de la Virgen Santísima.

—¡Allo, mío, es este rico tesoro!—exclamó el Obispo de Panamá, mostrándola a los tripulantes el bello simulacro de María.—No solo—continuó el respetable anciano—quiere salvarnos la Señora, sino que en prueba de su inagotable caridad y de su singular afecto, nos







